

Historia de las emociones: caminos y retos¹

Jan PLAMPER

Goldsmiths, University of London
j.plamper@gold.ac.uk

Recibido: 25/02/2014

Aceptado: 02/06/2014

RESUMEN

Este repaso general por la historia de las emociones se inicia con la historización de este campo, partiendo de Lucien Febvre y sus predecesores. Tras sostener que el auge actual del estudio de lo emocional forma parte de una coyuntura post-postestructuralista, el artículo presenta algunos conceptos clave, como el de “comunidades emocionales” de Barbara Rosenwein, el de “régimen emocional” de William Reddy y el de “prácticas emocionales” de Monique Scheer. El artículo también apunta las futuras vías que la historia de las emociones puede tomar y se cierra con la advertencia sobre las fáciles apropiaciones de conceptos procedentes de la neurociencia afectiva.

Palabras clave: historia de las emociones, comunidades emocionales, régimen emocional, prácticas emocionales, neurociencia afectiva, Lucien Febvre, Barbara Rosenwein, William Reddy, Monique Scheer.

History of emotions: paths and challenges

ABSTRACT

This overview of the history of emotions begins by historicizing the field, starting with Lucien Febvre and his predecessors. After arguing that the current emotions boom is part of a post-poststructuralist conjuncture, it introduces some key concepts, including Barbara Rosenwein’s “emotional communities,” William Reddy’s “emotional regime,” and Monique Scheer’s “emotional practices.” The article next sketches future directions the history of emotions might take and closes by warning about facile appropriations from affective neuroscience.

Key words: history of emotions, emotional communities, emotional regime, emotional practices, affective neuroscience, Lucien Febvre, Barbara Rosenwein, William Reddy, Monique Scheer.

¹ Este texto cuenta con una primera versión en francés: Jan Plamper, “L’histoire des émotions”, en Christophe Granger, ed. *À quoi pensent les historiens? Faire de l’histoire au XXIe siècle* (Paris, 2013): 225-249 y con una versión reducida en alemán: Jan Plamper, “Vergangene Gefühle: Emotionen als historische Quellen”, *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 63. Jahrgang 32-33/2013. 5 Aug. 2013: 12-19. Traducción al castellano del original en inglés por Carolina Rodríguez-López y José Emilio Pérez Martínez. Se usan las siglas NT a lo largo del texto para señalar comentarios de los traductores.

Introducción

En 1941 Lucien Febvre publicó un artículo en *Annales*, “La sensibilité et l’histoire. Comment reconstituer la vie affective d’autrefois?”². Dirigido a sus colegas historiadores, este artículo era un amplio llamamiento a situar las emociones en el centro de la investigación histórica y a superar las vacilaciones profesionales a la hora de pedir prestado a la psicología el análisis de los sentimientos humanos en el pasado. ¿Qué era esto supuestamente? “Je parlais de la mort” escribió Febvre.

Ouvrez donc le tome IX de *l’Histoire littéraire du sentiment religieux en France* d’Henri Bremond —son étude sur la *Vie Chrétienne sous l’Ancien Régime* (1932). Ouvrez-le au chapitre intitulé: *L’Art de Mourir*. Pas même trois cents ans; quel abîme entre les mœurs, les sentiments des hommes de ce temps— et les nôtres?³

Tomar conciencia de este abismo, de esta brecha entre el entonces y el ahora y la búsqueda de un lenguaje para su identificación: esto era para Febvre el primer paso para cualquier historia de las emociones.

A quienes rechazaban la historia de las emociones desde posiciones apriorísticas Febvre respondía que ellos inscribían las emociones en su relato histórico en cualquier caso, sólo que de manera anacrónica, mediante la transposición de los conceptos de emoción de su propio tiempo en el pasado. Febvre preguntaba: “Et quand cet historien nous aura dit: ‘Napoléon eut un accès de rage’—ou bien: ‘Un moment de vif plaisir’—sa tâche ne sera-t-elle pas terminée?”⁴. Por supuesto que no lo está, pues no sabemos qué significaba “rabia” en la época de Napoleón y a qué podría parecerse una rabieta en público.

Los escritos de Febvre sobre las emociones respondían a un fuerte sentimiento de urgencia en el momento de su aparición. “Nous n’avons pas d’histoire de l’amour, qu’on y pense. Nous n’avons pas d’histoire de la mort”. Sans elles, “il n’y aura pas d’histoire possible”⁵.

Hoy, siete décadas después del “grito” de Febvre, la historia de las emociones es un subcampo de la disciplina histórica vivo y en rápida expansión. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Fue realmente la llamada de Febvre la primera en reclamar una historia de los sentimientos?

² Lucien FEBVRE, “La sensibilité et l’histoire: Comment reconstituer la vie affective d’autrefois?”, *Annales d’histoire sociale* 3 (1941), pp. 5-20.

³ *Ibid.* “Hablé de la muerte. Abra, pues, el volumen IX *l’Histoire littéraire du sentiment religieux en France* de Henri Bremond, su estudio sobre la *Vie Chrétienne sous l’Ancien Régime* (1932). Abra el capítulo titulado *L’Art de Mourir*. No han pasado ni trescientos años, y ¡qué abismo entre las costumbres, los sentimientos de los hombres de ese tiempo y los nuestros!”

⁴ *Ibid.* Y si el historiador nos dice: “Napoléon tuvo un acceso de rabia” -o- ‘un momento de brillante placer’ no estará ya su tarea completada?”

⁵ *Ibid.* “No tenemos una historia del amor, si nos fijamos. No tenemos una historia de la muerte. Tanto tiempo dure esta funesta ausencia no habrá una historia posible”.

1. Comienzos oscuros

Si bien ningún historiador antes que Febvre, que yo sepa, fue tan contundente como él al pedir un campo entero de la historia dedicado a las emociones, seguramente hubo precedentes. El medievalista holandés Johan Huizinga, en 1919, tras la Primera Guerra Mundial, publicó *Herfsttij der Middeleeuwen* (primera traducción al castellano en 1930 con el título *El otoño de la Edad Media*, NT), obra en la que la población de la Edad Media aparecía como un conjunto de niños emocionalmente controlados, cuya alegría y rabia, cuyas risas y lágrimas no tuvieron límites hasta que la rueda del control emocional se puso en marcha con el Humanismo, el Renacimiento, y el luteranismo. Antes que Huizinga, el filósofo e historiador alemán Wilhelm Dilthey desarrolló una hermenéutica que ha sido reconocida recientemente como un verdadero “método de los sentimientos [*Gefühlsmethode*]”⁶. Otros historiadores centroeuropeos de finales del siglo XIX propusieron teleologías enteras con un fuerte componente emocional, en las que conglomerados de pueblos “naciones” se desarrollaron en diferente etapas, caracterizadas cada una de ellas por una forma colectiva de sentimiento⁷. Y mucho antes que esos historiadores de finales del siglo XIX y principios del XX, Tucídides propuso que los atenienses y espartanos lucharon en la guerra del Peloponeso movidos por las emociones⁸. Lo que todo esto muestra es que la historia de las emociones necesita ser historizada: con muy pocas excepciones no sabemos cómo escribían sobre las emociones los historiadores anteriores al siglo XIX.

Probablemente alguien investigará sobre los orígenes de la historia de las emociones en un futuro, teniendo en cuenta que nos encontramos ahora en una etapa de profesionalización e institucionalización que va en aumento. Echemos un breve vistazo a algunos de los hitos de cómo hemos llegado a esta etapa. Durante los años setenta del siglo XX la tercera generación de la Escuela de *Annales* y su interés por las mentalidades jugaron un importante papel⁹. También en ese mismo momento, historiadores especializados en la familia en la Edad Moderna escribieron contra el paradigma de una rígida división del trabajo en la familia basada en el género y contra el argumento de que la “emocionalización de las parejas” solo comenzó en el siglo XVIII¹⁰. Los historiadores de las mujeres atacaron la idea de un amor mater-

⁶ Véase Daniel MORAT, “Verstehen als Gefühlsmethode: Zu Wilhelm Diltheys hermeneutischer Grundlegung der Geisteswissenschaften,” en Uffa JENSEN y Daniel MORAT, eds., *Rationalisierungen des Gefühls: Zum Verhältnis von Wissenschaft und Emotionen 1880-1930*, Munich, 2008, pp. 101-117.

⁷ Tengo en mente a Karl Lamprecht, Georg Steinhausen, y Kurt Breysig. Véase Jakob TANNER, “Unfassbare Gefühle: Emotionen in der Geschichtswissenschaft vom Fin de siècle bis in die Zwischenkriegszeit,” en Jensen y Morat, eds., *Rationalisierungen des Gefühls*, pp. 35-59.

⁸ Véase Ramsay MACMULLEN, *Feelings in History, Ancient and Modern*, Claremont, 2003, pp. 9-13.

⁹ Véase Jean DELUMEAU, *La peur en Occident (XIV^e--XVIII^e): une cité assiégée* Paris, 1978, e idem, *Le péché et la peur: la culpabilisation en Occident, XIIIe-XVIIIe siècles* (Paris, 1983), pero también una década después Alain CORBIN, *Le village de cannibales*, Paris, 1990, y Paule PETITIER y Sylvain VENAYRE, “Entretien avec Alain Corbin,” *Écrire l'histoire: Dossier émotions 2* (2008): pp. 109-114.

¹⁰ Véase Hans MEDICK y David Warren SABEAN, eds., *Interest and Emotion: Essays on the Study of Family and Kinship*, Cambridge, 1984, escrito contra Edward SHORTER, *The Making of the Modern Family*, New York, 1975.

nal esencializado y “natural”¹¹. Y psichistoriadores sacaron conclusiones de largo alcance de la negligencia emocional o del calor en la infancia en los individuos y colectivos. Por ejemplo, un “padre celoso y ambicioso” podría estar en el origen de la doctrina *sola fide* de Lutero, y “la muerte de millones de compatriotas de la que Stalin era responsable” aparecía como una consecuencia de los “terribles golpes” que había recibido regularmente por parte de su padre alcohólico¹². Durante la década de los ochenta Peter Stearns y Carol Zisowitz Stearns produjeron una impresionante serie de publicaciones centrada en cambiar las normas emocionales a lo que llamaron “emotionology”¹³. Los Stearns también hicieron un primer *–avant la lettre–* intento de institucionalización que incluía una “Historia de las Emociones” en la colección de publicaciones de New York University Press¹⁴.

Para ser certeros, toda esta serie de tendencias deben insertarse en el contexto de otros campos académicos así como en otros desarrollos como el social, el cultural y el político. En 1939, por ejemplo, Norbert Elias, inspirado por Freud, escribió su *Über den Prozess der Zivilisation* (traducido al castellano en 1987 para Fondo de Cultura Económica por Ramón García Cotarelo como *El proceso de civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*: NT) una de las más influyentes narrativas de la modernidad en la que ésta era presentada como un movimiento lineal hacia el aumento de control emocional. Pese a que muchos han atacado tanto la narrativa lineal como la exactitud de los hechos históricos tal y como él los presentaba, el momento concreto en que la hacía arrancar –los siglos XIV y XV– sigue siendo indiscutible, como Barbara Rosenwein ha demostrado. Nadie desde Elias ha hecho un estudio de *longue durée* como el suyo¹⁵. O, para dar otro ejemplo de contexto, antropólogos culturalistas a través del trabajo de campo en las décadas de los setenta y ochenta descubrieron formas de sentimiento –que no eran sólo modos de expresión emocional– que parecían tan diferentes de los patrones occidentales que la creencia en la universalidad de las emociones quedó severamente tocada. Al imponer la idea de que existían sistemas emocionales diferentes según los espacios, los antropólogos ayudaron a crear la expectativa de que el movimiento en el tiempo –es decir, la historia– podría contribuir también a la desesencialización de las emociones¹⁶.

¹¹ Véase por ejemplo Elisabeth BADINTER, *L'Amour en plus: histoire de l'amour maternel (XVII^e au XX^e siècle)*, Paris, 1980; Yvonne SCHÜTZE, *Die gute Mutter: Zur Geschichte des normativen Musters „Mutterliebe“*, Bielefeld, 1986.

¹² Erik H. ERIKSON, *Young Man Luther: A Study in Psychoanalysis and History*, New York, 1962, pp. 255-256; Lloyd DE MAUSE, “The Gentle Revolution: Childhood Origins of Soviet and East European Democratic Movements”, *Journal of Psychohistory* 17, 4 (1990) <<http://www.kidhistory.org/gentle.html>> (última consulta 11 de febrero de 2014).

¹³ Peter N. STEARNS y Carol Zisowitz STEARNS, “Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards,” *American Historical Review* 90, 4 (1985): pp. 813-830.

¹⁴ Co-editado por Peter Stearns y Jan Lewis.

¹⁵ Véase Barbara H. ROSENWEIN, “Worrying about Emotions in History,” *The American Historical Review* 107, 3 (2002): pp. 827-828, 845; Jan PLAMPER, “The History of Emotions: An Interview with William Reddy, Barbara Rosenwein, and Peter Stearns,” *History and Theory* 49, 2 (2010): pp. 250-251.

¹⁶ Como primer ejemplo de etnógrafo de tendencia social constructivista véase Michelle Z. ROSALDO, *Knowledge and Passion: Ilongot Notions of Self and Social Life*, Cambridge, 1980; Lila ABU-LUGHOD, *Veiled Sentiments: Honor and Poetry in a Bedouin Society*, Berkeley, 1986; Catherine A. LUTZ, *Unnatural*

2. Causas del presente *boom* de las emociones

El auge de la historia de las emociones al que hoy estamos asistiendo, sin embargo, es el producto de una coyuntura diferente que puede situarse cronológicamente en el cambio de milenio. En el campo de las ciencias de la vida, especialmente en obras recientes que utilizan las técnicas de la neuroimagen (siendo la MRI, la más famosa) aparecen en primer plano las emociones o, mejor, siguiendo en todo momento a Ruth Leys – los afectos, un concepto basado en la emoción, en el estímulo–respuesta en el corto plazo “independiente, anterior a la ideología, es decir, previo a las intenciones, los significados, las razones y creencias, ya que estos procesos automáticos no son significantes y se producen en el umbral de la conciencia y el sentido”¹⁷. En las humanidades, especialmente en los estudios literarios y los estudios visuales, pero también en áreas como la ciencia política, e incluso la teología, con falta de aliento del postestructuralismo, las formas corporales de los afectos conceptualizados en términos neurocientíficos parecen ofrecer una nueva vía de acceso a la realidad del mundo. En la sociedad, en términos generales, el movimiento feminista había llevado a reconsiderar modelos de emociones estereotípicamente femeninas y los estereotipos de género donde los hombres eran fríos y sin emociones y las mujeres cálidas y emotivas. En el lenguaje cotidiano “sentimiento” se convirtió en algo más aceptable –por ejemplo, “yo siento” en inglés reemplazó ampliamente a “yo pienso” y “yo creo”. Todas estas transformaciones fueron amplificadas por el 11 de septiembre, un catalizador por excelencia, que fue percibido como un shock de la realidad. Los comentaristas buscaron desde el primer momento los motivos que condujeron a los terroristas a un universo de emociones fanáticas en lugar de hacia creencias o doctrinas. Los instrumentos analíticos del post-estructuralismo parecieron quedar pues fuera de lugar en su intento de dar sentido a los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. También lo hizo el estilo posmoderno irónico en la explicación una vez que por un corto tiempo el “ironoclasm” se había convertido en regla –y considérese lo difícil que es escribir sobre las emociones de forma irónica. Lo que vino después en Estados Unidos (y en otros tantos lugares) fueron políticas del miedo, imponiéndose un sistema de alertas por colores, basado en miedos y rumores propagados por internet, o más aún, en el anuncio televisivo de 2007 en el que el secretario de Estado de seguridad interior de George Bush decía que tenía el “presentimiento” de que los terroristas preparaban ataques para aquel verano¹⁸. Aquí de nuevo las emociones fueron centrales. La paradoja, pues, es que la actual historia de las emociones, producto de un post-post momento (un momento post-post estructuralista o post-postmoderno), ha tomado ampliamente un camino post(estructuralista) apostando su suerte al constructivismo social.

Emotions: Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll and Their Challenge to Western Theory, Chicago, 1988.

¹⁷ Ruth LEYS, “The Turn to Affect: A Critique,” *Critical Inquiry* 37, 3 (2011): p. 437.

¹⁸ Michael Chertoff hizo este anuncio el 10 de Julio de 2007, en una entrevista televisada con *Chicago Tribune*. La cita exacta según *Chicago Tribune* es: “Creo que este verano estamos entrando en un periodo de mayor riesgo”, Chertoff dijo a la junta editorial Tribune el martes. [...] Dijo que basó su ‘corazonada’ en varios factores,” “Chertoff’s Gut,” *Chicago Tribune* (Julio 12, 2012).

3. La variedad de elementos emocionales en el estudio del pasado

Toda la investigación sobre las emociones desde el siglo XIX se ha estructurado sobre la relación binaria entre el constructivismo social y el universalismo. ¿Son las emociones construidas históricamente, culturalmente contingentes, anti-esencialistas, anti-deterministas, relativas culturalmente o panculturales, fuertemente conectadas, inmutables, “trans-especies”, fisiológicas, básicas, esenciales, o dotadas de un sustrato biológico? Esta relación binaria tiene en sí misma una larga historia. Se asienta sobre la también relación binaria entre naturaleza y cultura, que emergió en el siglo XIX cuando en un momento se hizo necesario definir el mundo frente a algo que se imaginaba tan duro como la naturaleza. Es deseable dejar atrás esta relación binaria y llegar a una posición más integral y también es justo reconocer que las convenciones propias de la disciplina histórica conducen a privilegiar las dimensiones culturales y temporales de las emociones. De hecho, las emociones presentan muchas especificidades según el momento al que prestemos atención. Por un lado, algunas emociones se han “perdido”, es decir, ya no existen. Consideremos, por ejemplo, el pecado mortal de la acedía (la apatía o el letargo). Los seres humanos modernos podrían sentirse apáticos y, sin embargo, difícilmente se relacionaría este estado con los síntomas de la acedía que aquejaba a los monjes medievales –fiebre, dolor en las extremidades, y en especial falta de voluntad para orar. Y tampoco buscarían la raíz de este lamentable estado en el demonio o en el diablo¹⁹. Podría decirse también que la acedía no se ha perdido, y que hoy existe bajo diferentes nombres como “depresión” o “melancolía”. Pero esto no ofrecería un retrato completo, incluyendo el síntoma de la fatiga para orar y su atribución causal al demonio.

Una parte de la autodescrita como historia de las emociones se ha dedicado al estudio de las normas emocionales y su cambio a lo largo del tiempo –la “emotionology–” de Peter y Carol Stearns. Los Stearns pensaron que los historiadores deberían centrarse en las reglas que gobiernan la expresión de las emociones en sociedad o en subgrupos sociales. Instituciones como las guarderías, los colegios, o los ejércitos, pero también el matrimonio y la familia fueron muy importantes en este sentido. El cambio histórico podría ser fácilmente discernido: en la estela de las tendencias anti-autoritarias de la década de 1960 el respeto a los mayores se desplazó a las relaciones de amor en igualdad de condiciones y reformas militares en el Ejército de EEUU durante la guerra de Vietnam fomentaron una relación más abierta frente al miedo de los soldados. Para los Stearns, emoción y “emotionology” estaban separados, si bien eran unidades de análisis interdependientes. La relación entre emoción y “emotionology” estuvo siempre sujeta a negociación y a cambio. Si en un determinado momento en el tiempo una rabieta durante un conflicto marital fue socialmente aceptada, no era este el caso en un momento posterior, pero si un actor histórico continuaba sintiendo ira en los conflictos conyugales, a continuación, el choque entre la emoción y “emotionology” conducía a sentimientos de culpa, a los que los historiadores podían acceder por ejemplo a través de los diarios.

¹⁹ Véase Ute FREVERT, *Emotions in History: Lost and Found*, Budapest, 2011, pp. 31-32.

Y más aún, las situaciones y cosas que provocan las emociones cambian con el tiempo. Joanna Bourke, por ejemplo, ha examinado la evolución de las causas del miedo -¿a qué tiene miedo la gente? Por ejemplo, a los europeos y a los norteamericanos les invadió un pánico colectivo a ser enterrados vivos en las dos décadas previas a la Primera Guerra Mundial. Abundaron los ataúdes con tubos para el suministro de oxígeno y había quien dejaba estipulado su deseo de que les cortaran la garganta tras su muerte. Esta epidemia llegó a su punto más alto con el estallido de la Primera Guerra Mundial²⁰. Aquí podemos ver un cambio repentino en los objetos del miedo.

Además del de “emotionology”, uno de los conceptos más exitosos ha sido el aportado por la medievalista Barbara Rosenwein, el de “comunidades emocionales”, que ella define como “lo mismo que las comunidades sociales “familias, barrios, parlamentos, gremios, monasterios, iglesias parroquiales” en las que el historiador al acercarse a ellas busca destapar los “sistemas de sentimiento”: qué definen como valioso o como perjudicial para ellos los individuos que componen esas comunidades; cómo evalúan las emociones de los demás; cuál es la naturaleza de los vínculos afectivos entre las personas que se reconocen en la comunidad emocional; y cuáles son los modos de expresión emocional que se esperaban, alientan, toleran, y deploran²¹. Rosenwein sostiene que deberíamos parar de imponer ahistóricamente la categoría de nación en tiempos onto-pre-nacionales. La gente en la Edad Media, por ejemplo, pertenecía a –y se movía hábilmente entre ellas– comunidades emocionales múltiples, frecuentemente solapadas, lo que a veces ponía en conflicto las normas emocionales.

Las comunidades emocionales son frecuentemente comunidades sociales en contacto cara a cara, pero pueden ser también “comunidades textuales” en las que las personas están conectadas a través de los medios de comunicación sin tener relaciones directas o físicas. En este contexto, Rosenwein señaló como ejemplo las técnicas mnemotécnicas medievales, con las que los textos no se aprendían de memoria sino que se “incorporaban” a uno mismo y se asimilaban. Los monjes medievales a menudo se comunicaban con los textos de manera similar a como se hace entre amigos²².

En términos prácticos para la investigación, Rosenwein no busca comunidades emocionales en fuentes dispares sino que más bien toma una comunidad concreta de individuos como un monasterio, un gremio, o de un pueblo. Para esta comunidad ella aporta la mayor cantidad posible de fuentes, incluyendo la legislación conciliar, estatutos, hagiografías, cartas, historias y crónicas. De estas fuentes extrae palabras que indican emoción y busca patrones, narraciones, y su desglose. Después, elabora *dossiers* de palabras similares que indican emoción. Para evitar anacronismos –lo que sería otorgar significado a una palabra del pasado en los términos emocionales de hoy– Rosenwein examina las teorías contemporáneas que toman en consideración la comunidad emocional estudiada (teorías tomistas sobre la emoción en el caso de mu-

²⁰ Joanna BOURKE, *Fear: A Cultural History*, London, 2005, pp. 34-39.

²¹ ROSENWEIN, “Worrying about Emotions in History”, p. 35. Para saber más sobre el método de Rosenwein véase su *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Ithaca, 2006; idem, “Thinking Historically about Medieval Emotions,” *History Compass* 8, 8 (2010): pp. 833-836; idem, “Problems and Methods in the History of Emotions,” *Passions in Context: Journal of the History and Philosophy of the Emotions* 1 (2010): pp. 12-24.

²² Véase ROSENWEIN, *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, p. 25.

chas comunidades emocionales medievales, teorías psicológicas emocionales para la mayor parte de las sociedades occidentales del siglo XX). Dado que el significado de la emoción no sólo funciona a través de palabras emocionales explícitas, ella está muy atenta a los discursos figurativamente emocionales, como metáforas o frases como “él estalló” de rabia.

El concepto de las comunidades emocionales es uno de los más atractivos entre las aproximaciones a la “colectivización” emocional (*Vergemeinschaftung*). Esto evita la trampa individualista de la psichistoria, que nunca logró dar el salto de lo individual a lo colectivo. Evita también la agregación a gran escala a la Elías, cuya búsqueda del tono emocional de una época entera en última instancia ofreció imágenes de baja resolución. Y evita los errores de los Stearns al asumir que las normas emocionales destiladas de literatura de autoayuda eran en realidad normas emocionales *per se*. Si hay un problema con las comunidades emocionales es el que afecta a todas las teorías de la *Vergemeinschaftung*, a saber, su falta de apertura. Las fronteras entre las comunidades emocionales son tan porosas y fluidas que pueden conducir fácilmente a su disolución.

Otro de los instrumentos conceptuales más influyentes se debe al historiador William Reddy, uno de los pocos estudiosos de todo el mundo verdaderamente versado tanto en la literatura sobre emociones como en la antropología y las ciencias de la vida. Insatisfecho con lo que podríamos llamar “el dilema postestructuralista” –la pérdida de un punto de vista desde el cual se puede hacer juicios ético-políticos en un universo relativista– Reddy, en un artículo de 1997, desarrolló primero el concepto de “objetivos emocionales” o “emotives” con el fin de mostrar cómo una codificada manifestación emocional puede realmente tener efecto sobre el sentimiento vivido subjetivamente²³. Reddy tradujo la relación binaria universalismo *vs* construccionismo social desde la teoría de los actos de la que habla John Austin, que une los “constatativos” (afirmaciones que describen el mundo, tales como “esta mesa es blanca”) con el universalismo, y los “performativos” (afirmaciones que pueden alterar el mundo, como el “sí, quiero” de la novia en una boda) con el construccionismo social. Diciendo, por ejemplo, “soy feliz,” pongo en marcha un proceso cerebral abierto, exploratorio que puede, entre otras cosas, mejorar la sensación de felicidad y restar importancia a otros sentimientos que pueden entrar en conflicto y, por tanto, disminuir el sentimiento de felicidad. Reddy basa estas funciones de retroalimentación de los enunciados codificados emocionalmente en los hallazgos de la psicología cognitiva y la neurociencia. Lo que el concepto “emotive” permite en última instancia es ir más allá del discurso superficial y hacer declaraciones sobre la experiencia misma.

Otro concepto clave para Reddy es el de “régimen emocional” que define como “el conjunto de emociones normativas y de rituales oficiales, prácticas y “emotives” que expresan y se nos inculcan; un fundamento necesario de cualquier régimen político estable”²⁴. Significativamente, Reddy quiere ser capaz de hacer juicios de valor sobre diversos “regímenes emocionales”. Él llama al proceso de maniobra entre las

²³ Véase William M. REDDY, “Against Constructionism: The Historical Ethnography of Emotions,” *Current Anthropology* 38, 2 (1997): pp. 327-351.

²⁴ REDDY, *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*, Cambridge, 2001, p. 129.

diferentes orientaciones y emociones “navegación emocional” y a la disponibilidad de espacios (o prácticas) que reducen el conflicto de objetivos “refugio emocional”; al resultado de un conflicto de metas emocionales “sufrimiento emocional”, y al ideal “régimen emocional” como aquel que ofrece la mayor cantidad de “libertad emocional”.

Un ejemplo a modo de ilustración: durante la colectivización de la agricultura en la URSS, una hija del kulak habría sido empujada a un intenso sufrimiento emocional a causa del conflicto objetivo entre el amor a su padre biológico y el amor por el “padre de los pueblos”, Stalin. Si ella obedecía al último, tenía que denunciar al anterior lo que probablemente causaría la aniquilación física de éste. El “régimen emocional” del estalinismo habría hecho muy difícil para ella practicar una exitosa navegación emocional, le habría ofrecido muy poco refugio emocional y habría alcanzando un muy pequeño grado de libertad emocional. El estalinismo fue por lo tanto un *mal* “régimen emocional”.

El edificio teórico de Reddy es el más audaz hasta la fecha en el campo de la historia de las emociones. Las críticas a los escritos de Reddy se han centrado en lo que podríamos llamar el “imperialismo lingüístico” del concepto de “emotive”, es decir, el privilegio de las expresiones verbales frente a prácticas corporales no verbales como sonreír o llorar²⁵. Por otra parte, el concepto de “régimen emocional” ha sido criticado por ser demasiado fuerte y demasiado insertado en el ideal de un estado-nación moderno. Personalmente, tengo dudas de que la psicología cognitiva basada en la experimentación, en la que Reddy asienta sus ideas sobre el funcionamiento de las emociones en el cerebro humano, se muestre finalmente tan robusta como él tiene que asumir con el fin de recuperar su conexión con el mundo. Por más que admiro su trabajo, no deja de preocuparme también que él elija la ciencia que se ajusta a sus juicios de valor, volviendo a su punto cero, es decir, el impulso postestructuralista en la base de los juicios de valor personales. La pregunta es, en otras palabras, si esta ciencia sólo sirve para naturalizar las posiciones ético-políticas contingentes de Reddy.

Más recientemente, la etnohistoriadora Monique Scheer ha defendido el concepto de “prácticas emocionales.” Partiendo del conocimiento corporal y de la teoría de la mente extendida (EMT) como punto de partida, Scheer primero propone ir más allá de la mayoría de los enfoques filosóficos y psicológico-experimentales que localizan las emociones, ya sea en el cuerpo o la mente (cognición): la cognición corporizada y la EMT presuponen que la emoción se encuentra en las dos al mismo tiempo y que las dos no pueden ser desvinculadas. Pero es la teoría de la práctica de Pierre Bourdieu, y sobre todo su concepto de “habitus”, los que forman el cuerpo principal de la teoría desde la que Scheer formula su enfoque. Ella “hace hincapié en que el cuerpo no es una base estática, intemporal, universal que produce excitación emocional ahistórica, sino que sí (está) socialmente situado, adaptado, formado, plástico, y por lo tanto (es)

²⁵ Barbara Rosenwein, por ejemplo, escribió en su reseña de *The Navigation of Feeling* en *The American Historical Review* que “emotives” “privilegia las palabras sobre otras formas de comportamiento emocional, pero en algunas culturas (por ejemplo, en la Islandia medieval) enrojecimiento, temblores, e hinchazón jugaban un papel más importante que las expresiones”. Barbara H. ROSENWEIN en *The American Historical Review* 107, 4 (2002): p. 1181.

histórico”²⁶. Hablando en términos generales, “una historia de emociones inspirada por la teoría de la práctica implica pensar más profundamente en lo que la gente está haciendo, y en elaborar una contextualización específica de esas realizaciones”²⁷. Otro ejemplo ilustrativo: en la práctica denominar a las emociones implica ir más allá del concepto “emotive” de Reddy y según ésta el ciclo de retroalimentación puesto en marcha por una expresión emocional es un proceso interior, cognitivo. La consecuencia es que “escribir sobre sentimientos, hablar de los sentimientos (por ejemplo en el contexto de la terapia), o poner un nombre a nuestras emociones siempre está ligado a una práctica corporal. La situación específica es importante: la formulación del pensamiento es diferente cuando uno está deslizando una pluma sobre un papel o escribiendo en un teclado que cuando se está hablando. Escribir para uno mismo, como en un diario, mientras que uno está sentado sirve para interiorizar, mientras que hablar en voz alta, a la vista de una pareja de diálogo sirve para exteriorizar. La relación social de los dos interlocutores afecta a la dimensión corporal de la emoción, al tono de voz, al ritmo cardíaco y a la expresión facial, los cuales están guiados por el sentido práctico del *habitus*, en algún lugar entre el control deliberado y hábito inconsciente”²⁸.

Las “prácticas emocionales” de Scheer arrojan también luz sobre cómo los historiadores de las emociones trabajan con las fuentes: “¿Cómo vamos a saber lo que la gente “realmente” sentía si mantenían esa sensación para sí mismos y no dejaron ningún registro histórico? ¿Qué hacemos con las emociones que no nos encontramos en el material de origen, incluso cuando creemos que deberían estar allí? ¿Qué pasa si los soldados en el frente de batalla no muestran indicio de miedo, o si las víctimas de discriminación social no muestran enfado o si los perpetradores de violencia no ofrecen remordimiento? ¿Debemos suponer que las fuentes documentan la falta de honradez o incluso la negación? Es, por supuesto, necesario mirar más allá de las expresiones en primera persona y consultar una amplia gama de fuentes con observaciones desde muchos puntos de vista diferentes para confirmar si la emoción esperada no se encuentra en todas ellas. Negaciones explícitas o prohibiciones de ciertos sentimientos pueden ser tratadas como “objetivo emocional” como “emotive”, como indicio de que la sensación está en el repertorio disponible. Pero la comprensión de las emociones como prácticas también significa tomar en cuenta los usos prácticos de las emociones en situaciones sociales, como los sociólogos de las emociones han defendido desde el principio. Si no hay ninguna razón relacional para comunicar o promulgar o protegerse de una emoción, entonces debe ser considerado ausente”²⁹.

²⁶ Ibid.: 193.

²⁷ Ibid.: 217.

²⁸ Ibid.: 212.

²⁹ Ibid.: 219.

4. Perspectivas de futuro

¿Cuáles son las perspectivas de futuro de la historia de las emociones?³⁰ Hablando en términos más generales, es posible que la historia de las emociones se mantenga como un subcampo separado, distinto de la disciplina histórica, pero también es posible que las emociones se conviertan en otra “categoría útil de análisis histórico” (Joan Scott) al igual que el género, la raza y la clase. Cualquiera que sea el caso, permítanme especular sobre algunas áreas -algunas específicas de la historia de las emociones, algunos campos establecidos de la investigación histórica- en la que la investigación podría tener lugar. En primer lugar, puedo imaginarme un desarrollo mayor de la historia de los conceptos emocionales. En este ámbito los historiadores rastrearían la semántica cambiante de palabras emocionales a lo largo del tiempo, por ejemplo, mediante el examen de los diccionarios y enciclopedias³¹. Aún falta por hacer una *Begriffsgeschichte* meta multilingüe de emociones, afectos, pasiones, sentimientos, estados de ánimo, etc. -una tarea de enormes proporciones que sólo podría ser abordada por varios autores. En segundo lugar, dada la importancia de las ciencias de la mente en el discurso sobre las emociones desde la segunda mitad del siglo XIX, la historia de la ciencia va a ocupar a una gran cantidad de estudiosos. Estos no sólo se ocuparán de las formas en que los psicólogos formaron sus ideas acerca de las emociones y cómo estas ideas son filtradas a la sociedad, sino que también se ocuparán de las prácticas de laboratorio y cómo éstas pesan a la hora de comprender las emociones³². En tercer lugar, especialmente en la edad contemporánea, los medios de comunicación juegan un papel clave en la generación y la forma en que se expresan

³⁰ Véanse las últimas publicaciones: “AHR Conversation: The Historical Study of Emotions”, con Nicole Eustace, Eugenia Lean, Julie Livingston, Jan Plamper, William M. Reddy, y Barbara H. Rosenwein, *The American Historical Review* 117, 5 (2012), pp. 1487-1531; Benno GAMMERL, ed., *Emotional Styles—Concepts and Challenges* [Special Issue], *Rethinking History* 16, 2, Abingdon, 2012; Nicole EUSTACE, *1812: War and the Passions of Patriotism*, Philadelphia, 2012; Michael LAFFAN y Max WEISS, eds., *Facing Fear: The History of an Emotion in Global Perspective*, Princeton, 2012; Jonas LILIEQUIST, ed., *A History of Emotions, 1200–1800*, London, 2012; Jan PLAMPER y Benjamin LAZIER, eds., *Fear: Across the Disciplines*, Pittsburgh, 2012; William M. REDDY, *The Making of Romantic Love: Longing and Sexuality in Europe, South Asia, and Japan, 900–1200 CE*, Chicago, 2012; Susan J. MATT y Peter N. STEARNS, eds., *Doing Emotions History*, Urbana, 2014; David LEMMING y Ann BROOKS, eds., *Emotions and Social Change: Historical and Sociological Perspectives*, New York, 2014; Ute FREVERT, Pascal EITLER, Stephanie OLSEN, Uffa JENSEN, Margrit PERNAU, Daniel BRÜCKENHAUS, Magdalena BELJAN, Benno GAMMERL, Anja LAUKÖTTER, Bettina HITZER, Jan PLAMPER, Juliane BRAUER, Joachim C. HÄBERLEN, *Learning How to Feel: Children’s Literature and Emotional Socialization, 1870–1970*, Oxford, 2014; Jan PLAMPER, *The History of Emotions: An Introduction* Oxford, 2015.

³¹ Véase Ute FREVERT, Christian BAILEY, Pascal EITLER, Benno GAMMERL, Bettina HITZER, Margrit PERNAU, Monique SCHEER, Anne SCHMIDT, Nina VERHEYEN, *Emotional Lexicons: Continuity and Change in the Vocabulary of Feeling 1700–2000*, Oxford, 2014.

³² Sobre el papel de las prácticas de laboratorio informando sobre conceptos emocionales véase el trabajo de Otniel Dror, por ejemplo Otniel E. DROR, “The Affect of Experiment: The Turn to Emotions in Anglo-American Physiology, 1900–1940,” *Isis* 90 (1999), pp. 205–237. Para otras aproximaciones de la historia de la ciencia a la historia de las emociones véase, entre otras, Thomas DIXON, *From Passions to Emotions: The Creation of a Secular Psychological Category*, Cambridge, 2003; Claudia WASSMANN, “The Science of Emotion: Studying Emotions in Germany, France, and the United States, 1860–1920,” Ph.D. Diss., University of Chicago 2005.

las emociones³³. Los medios de comunicación son tan importantes en esta función que sus características estructurales –textual, visual, audiovisual, blanco/negro o color, imágenes fijas o móviles, atraerán a un buen número de especialistas. En cuarto lugar, la historia económica y la historia del trabajo pueden beneficiarse mucho de la perspectiva emocional. De hecho, los desplomes de la bolsa –pensamos siempre en el de 1929– desafían las explicaciones de la elección racional, y el lugar de trabajo moderno es difícil de imaginar sin una ciencia de expertos en psicología laboral que pone las emociones en el centro del análisis³⁴. En quinto lugar, la historia oral y las emociones son áreas de investigación realmente fructíferas. La historia oral supone un alivio para la cuestión de la memoria emocional³⁵.

En cuanto a las fuentes de una historia futura de las emociones, una cosa es cierta: no habrá escasez de fuentes. Las fuentes no sólo incluirán ego-documentos y documentos explícitamente normativos tales como literatura de autoayuda, sino también casi todos los demás textos, auditivos, visuales, audiovisuales, restos que los historiadores examinarán. Incluso la propia conducta del historiador se convierte en una fuente importante para la historia de las emociones. ¿En qué estado de ánimo se produce el encuentro del historiador con los documentos en los archivos? ¿Cuáles son las dimensiones emocionales –táctil, olfativa, etc– de las fuentes para el trabajo? ¿Cómo son formados los historiadores para neutralizar sus emociones con el fin de defender los ideales de la “objetividad” y del “desapego”? Al responder a estas preguntas los historiadores de la emoción pueden recibir inspiración de los antropólogos, de quienes procede el criterio de la auto-reflexividad, incluyendo la auto-reflexividad emocional³⁶.

Permítanme terminar con una nota de advertencia acerca de una dirección en la que la historia de las emociones no debería desarrollarse si quiere ser un campo productivo. Espero que los historiadores no se comprometan con un tipo de fácil apropiación de elementos de la neurociencia como así ha ocurrido en muchas otras ciencias humanas y sociales. Este peligro es real y ya tenemos los primeros ejemplos de neurociencia afectiva infiltrada en la historia³⁷. Los problemas son muchos. Lo más importante, los historiadores necesitan volverse lo suficientemente ilustrados en la investigación biológica sobre las emociones con el fin de poder determinar si su trabajo va a resistir el paso del tiempo. Esto implica no sólo leer los libros de divulgación de Antonio Damasio o Joseph LeDoux, o artículos ocasionales en *Science* o *Nature*, sino

³³ Véase por ejemplo Frank BÖSCH y Manuel BORUTTA, eds., *Die Massen bewegen: Medien und Emotionen in der Moderne*, Frankfurt a. M., 2006.

³⁴ Véase por ejemplo Harold JAMES, “1929: The New York Stock Market Crash,” *Representations*, 110 (2010): pp. 129-144; Ute FREVERT, “Gefühle und Kapitalismus,” en Gunilla BUDDE, ed., *Kapitalismus: Historische Annäherungen*, Göttingen, 2011, pp. 50-72.

³⁵ Véase por ejemplo Benno GAMMERL, “Erinnerte Liebe: Was kann eine Oral History zur Geschichte der Gefühle und der Homosexualitäten beitragen?,” *Geschichte und Gesellschaft* 35 (2009), pp. 314-345.

³⁶ James DAVIES y Dimitrina SPENCER, eds., *Emotions in the Field: The Psychology and Anthropology of Fieldwork Experience*, Stanford, 2010; George W. STOCKING, JR., *Glimpses into My Own Black Box: An Exercise in Self-Deconstruction*, Madison, 2010.

³⁷ Daniel Lord SMAIL, *On Deep History and the Human Brain* (Berkeley, 2008), especialmente el capítulo 4 (emociones). Para una crítica convincente véase William M. REDDY, “Neuroscience and the Fallacies of Functionalism,” *History and Theory* 49 (2010), pp. 412-425.

también muchos meta-análisis (reseñas), e incluso los propios artículos individuales. Se trata de ser conocedor de la terminología de ciencias de la vida, del diseño experimental, de los tamaños de las muestras, y así sucesivamente. Los propios científicos de la vida están muy preocupados cuando uno de sus resultados resulta ser inválido; constantemente viven bajo la espada de Damocles de la replicabilidad (un experimento debe generar los mismos resultados si se repite en las mismas condiciones) y con una temporalidad mucho más rápida, en la que las verdades cambian rápidamente y la memoria institucional (publicaciones desde hace diez años) es muy corta. Son los historiadores los que se ven en problemas si deciden fundar su investigación en ciencias de la vida con verdades “eternas” y “universales” que luego resultan ser equivocadas. Y la palabra “mal” es apropiada aquí porque es importante recordar que apenas son posibles otras epistemologías que verdadero/falso en las ciencias de la vida; el postestructuralista *laissez-faire* está fuera de lugar y el científico y neuropolítico William Connolly se equivoca al afirmar que el trabajo de Damasio *Looking for Spinoza* es un “buen estudio de neurociencia”³⁸. Bueno con matices —el mejor, muy bueno, bueno, menos bueno— es imposible en las neurociencias. El terreno epistemológico en el que uno entra cuando toma préstamos de las neurociencias está formado por una lógica binaria de hierro entre lo verdadero y lo falso. Si los historiadores de las emociones se mantienen fuera o sólo entran en este terreno totalmente equipados con instrumentos de navegación excelente y una sólida cartografía de sus líneas de fallas y arenas movedizas, el futuro de este campo de estudio será prometedor.

³⁸ William E. CONNOLLY, “Materialities of Experience,” en Diana H. COOLE y Samantha FROST, eds., *New Materialisms: Ontology, Agency, and Politics*, Durham N.C., 2010, p. 198, nota 6.